

## **PEDAGOGÍA DE MOVIMIENTO**

### **I. UNA PEDAGOGÍA QUE PARTE DEL TÚ**

En los textos publicados anteriormente, hemos mostrado una visión general del sistema pedagógico kentenijiano y de los principios generales en los que se fundamenta. Nos referimos igualmente a la persona del educador. Luego abordamos la “triada” pedagógica que propone el P. Kentenich, la cual constituye el núcleo de su sistema y estilo pedagógicos, a saber, la pedagogía del ideal, de vinculaciones y de alianza. En el presente texto dirigimos ahora nuestra mirada a lo que se podría denominar la “metodología” o “táctica pedagógica” que permite aplicar adecuadamente la triada de la pedagogía del ideal, de vinculaciones y de alianza.

En este contexto, el P. Kentenich se refiere a la pedagogía de movimiento o pedagogía dinámica, a la pedagogía de libertad y a la pedagogía de confianza. Como hemos subrayado en los textos anteriores, estas pedagogías siempre se deben considerar en su interrelación, ya que forman parte de un mismo proceso vital. Si las distinguimos lo hacemos para poder profundizar más y precisar el aspecto que acentúa cada una de ellas.

En primer lugar, centramos nuestra atención en la pedagogía de movimiento. Usamos los términos de pedagogía “dinámica” y de “movimiento” como sinónimos. Ambas expresiones traducen el término alemán que utiliza el P. Kentenich: *“Bewegungspädagogik”*.

Para el P. Kentenich educar es un proceso de vida que implica despertar, captar, fomentar, cuidar y encauzar la vida, movilizándolo valores de acuerdo a la perspectiva de intereses del educando.

La pedagogía de movimiento pone especial énfasis en la captación de la realidad vital de los intereses que laten en el alma del individuo y de la comunidad, a quienes se está llamado a animar y orientar.

La pedagogía de movimiento decididamente se opone a una pedagogía “lógica” o “estática”, que no parte de las personas sino que busca simplemente aplicar el ideal objetivo genérico, limitándose a explicar e indicar cuál es la verdad, lo que los educandos están llamados a realizar, mostrando el ideal en forma “a-temporal”, desligado de la realidad de los educandos, del tiempo y de la cultura en la cual están inmersos

Para que esta “educación” sea más eficaz, se señala a la vez el modo concreto, las formas y normas en que ese ideal se ha de concretar, lo cual a menudo se refuerza con la amenaza del castigo, cuando lo que se ha enseñado no es puesto en práctica.

La pedagogía dinámica, aunque ciertamente supone algunas exigencias y obligaciones básicas, no es, en primer lugar, una pedagogía de obligaciones que procura que los educandos asuman comportamientos sin haberlos hecho suyos o asimilado personalmente. Por ello, el educador que actúa según la pedagogía dinámica evita “moralizar” y “adiestrar” a los educandos, indicándoles lo que deben hacer y cómo deben comportarse. No impone la norma moral o ideal objetivo y el modo de vivirlo; más bien propone, buscando captar la receptividad de los suyos y ganarlos interiormente para que ellos hagan suyo el ideal.

Lo expuesto no significa que el educador no deba poseer él mismo claridad sobre el ideal objetivo, de acuerdo al querer de Dios manifestado en el orden de ser natural y en la Sagrada Escritura. Lo que está en cuestión es la forma de entregar ese ideal o los auténticos valores.

Por otra parte, además de lo anterior, el educador no procede arbitrariamente presentando el ideal objetivo según lo que a él le parece más importante destacar, de acuerdo a sus inquietudes e inclinaciones personales. Lo que sí le preocupa es que el ideal objetivo sea captado desde la originalidad, tanto de la persona como de la comunidad a las que está llamado a servir, presentando los valores parciales para los cuales, en ese momento, ellos muestran una receptibilidad especial.

La pedagogía de movimiento se opone a la tendencia a generar “personas en serie”, que tienden a perpetuar formas de vida estereotipadas y anacrónicas que, en un determinado momento, cuando ya no están bajo la tutela del educador, “tiran todo por la borda”, porque los ideales, en realidad, no habían echado raíces profundas en ellas y la originalidad propia había pasado a pérdida y reinaba el molde o el cliché que ahogaba la libertad, la dignidad de la persona y la vida según el Espíritu Santo

En cambio, de acuerdo a la pedagogía dinámica, durante todo el proceso educativo, el educador, teniendo él mismo claridad sobre ese ideal objetivo, orienta su actuar no a partir de sí mismo o del ideal objetivo, sino que busca captar los intereses que palpitan en el alma de la persona y de la comunidad, presentando ese ideal objetivo “subjetivamente”, es decir, desde la perspectiva de interés de los suyos, mostrando el aspecto o faceta del ideal general que ellos son capaces de captar en ese momento. Procede, por lo tanto, no en forma lógica, como quien dicta una clase, sino en forma psicológica, es decir, como alguien que quiere captar, a quienes sirve, “desde dentro”. El educador centra así su quehacer a partir de quienes sirve, se interesa por ellos, por lo que son y anhelan. Trata de ganarlos por los más altos ideales, respondiendo a sus anhelos y a las motivaciones que están vivas en su alma. Él es quien se adapta a los suyos y no éstos quienes se tienen que adaptar a él.

## **II. FUNDAMENTOS DE LA PEDAGOGÍA DE MOVIMIENTO**

Consideramos en este segundo punto los fundamentos sobre los cuales se basa la pedagogía de movimiento.

### **1. La persona es un ser en desarrollo**

Desde su concepción, los seres humanos emprenden un largo camino de progresivo despliegue y desarrollo de sus potencialidades, camino que está marcado por muchas etapas y condicionado por las vicisitudes propias de nuestro caminar por la vida. Nadie nace “hecho”: se va construyendo a lo largo de su vida, recibiendo múltiples influencias, venciendo los obstáculos que impiden su desarrollo y le impulsan a superarse a sí mismo.

Dios, al crearnos, nos regaló la libertad, el don más esencial de nuestra existencia, que nos hace responsables de asumir las riendas de nuestro crecimiento.

Pero esa libertad recibe constantemente solicitudes y, entre ellas, en forma importante, de parte de los padres y educadores. Ambos están llamados a ayudar y servir el crecimiento de aquellos que les son confiados, según el querer de Dios y el plan que él ha diseñado para su vida. Su preocupación central debe ser, por lo tanto, captar y tomar en cuenta la etapa en la cual se encuentra el desarrollo de quienes sirven y la receptividad de valores que está viva en ellos en esa etapa. La pedagogía dinámica trata de hacerlo en la mejor forma posible.

Las etapas de desarrollo, niñez, adolescencia, juventud, edad adulta, ancianidad, todas ellas condicionan la receptividad que tiene la persona. Los adolescentes, por ejemplo, se motivan por valores y realidades que ciertamente no son aquellas que mueven, en primer lugar, a un adulto o a una persona anciana. Y así análogamente sucede con las etapas de cada persona o con el desarrollo de una comunidad.

Por eso, el P. Kentenich, por ejemplo, se esfuerza por explicar y destacar la importancia que tienen, en este sentido, para una pedagogía dinámica, lo que él denomina “leyes del crecimiento orgánico”, tema que trataremos más adelante con mayor detención.

### **2. La persona se motiva de acuerdo a su receptibilidad de valores**

Cada persona posee una determinada receptividad de valores de acuerdo a lo que es, varón o mujer, soltero o casado, etc. Receptividad que está condicionada por los talentos que Dios ha regalado a esa persona, como aptitudes que están en ella como un germen o bien que han sido activados por las circunstancias o por la profesión que ha elegido o por tareas que le han sido confiadas. Cada talento implica, de una u otra forma, una determinada receptividad e interés.

Más allá de lo mencionado, está la influencia que ejerce en cada persona el “espíritu objetivo del tiempo”, es decir, lo que está vivo en la cultura que la rodea y en la cual está inmersa, las corrientes de ideas y de vida que marcan fuertemente su medio ambiente.

El educador debe tener todo esto en cuenta, porque está llamado a servir a esas personas con su receptividad de valores que condicionan sus sueños, sus aspiraciones, sus intereses y sus ideales.

El P. Kentenich distingue, en este sentido, una triple receptividad de valores o “perspectiva de intereses”, que el educador debe conocer y a la que debe dar respuesta. Más adelante esto será tema de un mayor análisis.

### **3. Las corrientes culturales influyen en la receptividad**

Destacamos este punto porque la persona es “ella y sus circunstancias”. No es alguien que vive en el aire, aislado, como en una cápsula. Siempre ha sido condicionado en lo que es, piensa y anhela, por su medio ambiente. Sin embargo, hoy esto ha adquirido una dimensión que antes no se daba. Los medios de comunicación social, el mundo de la Internet, etc. simplemente “bombardean” y ejercen una poderosa influencia en el consciente e inconsciente de la persona.

Cuando existía la así llamada “cristiandad”, el ambiente estaba condicionado fuertemente por la fe y la moral cristiana. El modo de vivir, de pensar, las costumbres, etc., constituía un ambiente favorable y “seguro”, de forma que la persona normalmente se iba desarrollando de acuerdo a la mentalidad y valores reinantes. Hoy esto ya no existe. Vivimos en medio de la “diáspora”, donde predominan otros criterios de juicio y otras maneras de ver y valorar las cosas, donde impera el relativismo.

Es en este contexto en el cual el educador posee hoy la difícil tarea de ganar, desde dentro, a las personas para que asuman los valores cristianos y se entusiasmen por ellos, de modo que no solo “subsistan” en un medio adverso, sino que sean capaces de transmitir otra manera de pensar, amar y vivir.

Ese desafío requiere, por lo tanto, que los educadores sean capaces de motivar a las personas, especialmente a la juventud, por un mundo de valores “que no está de moda”, que para muchos es añejo y obsoleto. En la realidad dominante, sin embargo, el educador debe saber detectar los intereses y valores que subyacen en lo que se piensa, se juzga y se anhela, aunque venga entremezclado con antivalores y errores.

Si sólo ve las desviaciones y no detecta lo positivo que se esconde en lo negativo; si no sabe abrirse, por otra parte, a nuevas perspectivas valóricas, dejadas de lado o poco consideradas, entonces, lo que proclame o trate de transmitir, simplemente no encontrará mayor eco.

### **4. Cada persona es conducida por Dios en forma original**

La persona posee talentos específicos y está sometida a condicionamientos hereditarios o culturales. Pero, junto a ello, incide otro factor más profundo: Dios tiene para cada persona un designio original y recibe de él una gracia original. La divina Providencia no nos conduce “en serie”, sino personalmente. A lo largo de nuestro caminar histórico, él nos va guiando por medio de otras personas y de las circunstancias concretas en que se desarrolla nuestra existencia.

En otras palabras, el Espíritu Santo que ha sido infundido en nuestro corazón, nos “habla” y motiva desde nuestra alma. Él nos impulsa y despierta en nuestro interior intereses y anhelos que nos mueven más allá de nuestros talentos o intereses naturales.

El educador debe cultivar la sensibilidad necesaria para ayudar a descubrir lo que Dios ha puesto en el alma de las personas y de la comunidad a las que sirve. El Espíritu Santo “sopla donde quiere” y si remamos en la dirección del viento que viene de su parte, obtenemos mejores frutos.

### III. LAS LEYES DE CRECIMIENTO ORGÁNICO

El educador tiene ante sí a personas y a una comunidad concretas: todos seres vivos, no inanimados, ni tampoco máquinas ni meras organizaciones funcionales. A una máquina se le agrega o quita piezas; se la programa en una u otra forma, para obtener un producto determinado, con la mayor eficacia y rapidez posibles. A la máquina se la maneja, se la comanda, se la utiliza. No así a un organismo vivo, ni mucho menos a una persona o una comunidad. El organismo no soporta el trato que se le da a una máquina. La planta, el animal y el hombre poseen vida propia. Por eso, se "cultiva", se "alimenta" su vida. La vida no se crea; la poseen los organismos mismos. Sólo se la puede fomentar, favorecer y servir. En la semilla se encuentra potencialmente todo lo que será más tarde la planta desarrollada y madura.

Es por esto que el educador, que respeta y sirve a la vida, que actúa según la pedagogía de movimiento, sabe adaptarse a las leyes de crecimiento propias de todo organismo. Posee, como se dijo, una orientación marcadamente psicológica.

Esto le lleva a tomar seriamente en cuenta en su quehacer pedagógico lo que el P. Kenterich denomina *leyes del crecimiento orgánico*, a saber:

1. El desarrollo orgánico es lento
2. Es de dentro hacia afuera
3. Parte de una totalidad orgánica y se orienta hacia una totalidad orgánica.
4. El todo orgánico crece simultáneamente en cada una de sus partes, pero no de manera uniforme.
5. El crecimiento orgánico es rítmico: conoce saltos.

Nos referiremos más en detalle a cada una de estas leyes, que orientan el quehacer de la pedagogía dinámica.

#### 1. El desarrollo orgánico es lento

***El crecimiento personal y comunitario es lento; el dirigente debe cultivar la paciencia y nunca "apurar los procesos", sobreexigiendo mecánicamente***

Quizás una de las cosas más difíciles para el educador, sobre todo para el de sexo masculino, sea tener la paciencia de esperar que los procesos vitales se

desarrollen, y no tratar de apurarlos para obtener resultados lo más rápido posible. Muchas veces, detrás de ese apuro está el deseo, comprensible o, en algunos casos, egoísta, de tener éxito. El desarrollo físico de la persona es lentísimo y no lo es menos el proceso psicológico y de maduración del carácter (nueve meses de gestación en el seno materno; 20 o más años hasta llegar al pleno desarrollo...). Apurar procesos inorgánicamente entraña el peligro de que se produzca una madurez ficticia que, más tarde, se derrumba, pues carece de fundamento y arraigo sólido en la persona o en la comunidad.

Lo auténtico y verdadero no nace de un día para otro. Tiene que ser conquistado con paciencia. El educador debe poseer una gran "sabiduría y paciencia pedagógicas". No debe ponerse nervioso o desalentarse si las personas o la comunidad no caminan al ritmo o a la velocidad que él desearía o que a él le es propia. Hay que saber dar tiempo para que la vida madure.

Toda semilla, para brotar, requiere ser ablandada por la humedad y recibir calor; sólo lentamente se dejarán ver los primeros brotes. También requiere tiempo el desarrollo de los talentos que Dios ha puesto en nuestra alma. Acelerar inorgánicamente un proceso podría ser fatal; acabaría por cansar al grupo y, como dijimos, crearía realidades ficticias que, tarde o temprano, serían echadas por la borda.

El educador tiene que ser como un jardinero que ve crecer las plantas de un jardín. No las tironea a la fuerza, porque con ello sólo lograría destruirlas, sino que se esfuerza por crear todas las condiciones que favorezcan su crecimiento. Por eso, el educador, con tacto pedagógico, tiene que transmitir lo que la persona "soporta" en un determinado momento, adaptándose a lo que es capaz de captar y asimilar. No quema etapas inútilmente. Sabe esperar, a veces meses y años. Y no se desalienta cuando algo no resulta o no progresa al ritmo deseado. Cada persona, cada comunidad, cada matrimonio, tiene su propio ritmo, como también lo tiene la acción de la gracia en ellos. Por eso, a la paciencia va unida la fidelidad que ayuda y sabe esperar. Por otra parte, no olvidemos que la paciencia pedagógica se basa, en último término, en la confianza de que es Dios quien da el crecimiento: "Si Yahveh no construye la casa, en vano se afanan los constructores; si Yahveh no guarda la ciudad, en vano vigila la guardia" (Sal 127,1).

Que el crecimiento de la persona, del matrimonio y del grupo sea lento, no significa, sin embargo, que el educador deba esforzarse poco o tomar su responsabilidad "con calma", sin exigirse mayormente a sí mismo. El crecimiento es paulatino para las personas o para la comunidad a su cuidado, pero él no debe tener tregua en su servicio y preocupación por cada uno. Educar es un desafío a la paciencia y a la constancia las que, unidas al poder de María, hacen maravillas.

## **2. El crecimiento orgánico es de adentro hacia afuera**

***Cada persona y comunidad tiene identidad propia. El educador debe servir a esa vida concreta y no "fabricarla" artificialmente con esquemas preconcebidos***

El educador parte de la base de que la persona y la comunidad tienen un núcleo propio, aunque éste se encuentre en ellas sólo en forma germinal. En ese núcleo se halla potencialmente el todo, como en el grano de trigo en el cual ya, desde el inicio, están contenidos germinalmente las raíces, el tallo y las espigas.

Este hecho plantea al educador la necesidad de auscultar y descubrir el alma de la persona y de la comunidad, para servir la vida que ellas poseen, sin imponerles esquemas ajenos a su realidad. El sólo fomenta y estimula los gérmenes ya existentes, enriqueciéndolos con nuevos valores, coherentes con el núcleo personal, para que sean integrados y asimilados "desde dentro". Los desarrollos que promueve tienden, por ello, a enriquecer orgánicamente, y no a agregar cosas extrínsecamente, pues lo postizo deforma y es infecundo. Sólo lo que nace y arraiga desde dentro permanece. Lo que es asimilado e integrado, a partir de la propia originalidad, se enciende con una dinámica intrínseca.

El educador no entrega un "paquete" o un "ladrillo" que las personas no atinan a digerir. Un esquema, que puede haber servido a determinadas personas o en ciertas situaciones, no siempre es adecuado para otras con diversa sensibilidad. En este sentido, se cuida de no introducir el mundo y la vida del Evangelio como la materia que pasa un profesor para ser aprendida.

### **3. El crecimiento se da a partir de una totalidad orgánica y se orienta hacia una totalidad orgánica**

***El ser vivo posee en germen, ya desde el inicio, aquello que luego poseerá en plenitud al final de su desarrollo***

Un organismo es un ser complejo: posee diversidad de órganos y funciones que, como hemos dicho, se van desarrollando lentamente, desde adentro. Su desarrollo es progresivo y diferenciado, pero siempre abarca la totalidad. Es decir, no acepta inhibiciones o atrofias que, más tarde, darían como resultado un ser deforme o mutilado, o bien provocarían "revanchas" psicológicas y ansias de vivir lo que antes se ha inhibido.

Un niño ya es una persona completa: posee inteligencia, voluntad, afecto, instintos. Aunque en forma imperfecta y germinal, ya cuenta con todas las dimensiones propias de la persona humana. Una educación sana, por lo tanto, debe ser integral: no debe descuidar aspectos centrales de su personalidad. Por ejemplo, no puede educar la voluntad o la inteligencia, descuidando el afecto o la dimensión social.

Por cierto, como luego veremos, se dan ciertas "unilateralidades orgánicas", pero éstas siempre *en un contexto de totalidad*. En cuanto al proceso de introducción y entrega de la Buena Nueva, el educador de la fe debe cuidar, desde el inicio, que la persona y la comunidad entren en contacto vital con toda la realidad que ella abarca.

Básicamente este proceso se lleva a cabo en la medida en que el educador educa por el ejemplo e introduce a las personas en una atmósfera en la cual los educandos, ya desde el inicio, de una u otra forma, toman contacto con las

diversas dimensiones y contenidos del ideal. Ello sirve de "caldo de cultivo" para un desarrollo orgánico, progresivo e integral

Cuando un educador tiene a cargo el cuidado pastoral de un grupo o comunidad de vida, debe cuidar, por ejemplo, que esa comunidad desarrolle las cinco dimensiones básicas del grupo a fin de que este llegue a ser una comunidad fraterna, de formación, de oración, de acción apostólica y de ideales. Cada una de estas dimensiones tendrá que ir tomando cuerpo y forma a lo largo del proceso educativo. Proceso que es diferenciado, que implica "unilateralidades orgánicas" durante ciertos períodos. Sin embargo el educador debe estar atento y debe aprovechar las oportunidades para que otras dimensiones adquieran también importancia. Así, poco a poco, el grupo irá llegando a una madurez. Si, en cambio, desde el inicio, por ejemplo, no están presente, de algún modo, aspectos o realidades centrales, posteriormente será difícil que esas realidades experimenten su pleno desarrollo. Simplemente las personas "ya se habrán acostumbrado" a no tener necesidad, por ejemplo, de cultivar la vida interior o bien la acción apostólica. Lo importante es que, desde el comienzo, ya esté "el enganche" para el desarrollo futuro y que no se tenga que comenzar más tarde "desde cero".

#### **4. El todo orgánico crece diferenciadamente en cada una de sus partes**

***El desarrollo sano de una comunidad requiere que un aspecto determinado se profundice hasta que sea asimilado y se convierta en una actitud verdadera. El educador debe saber orientar estos procesos de vida***

Como se ha dicho, en un organismo, que es un todo compuesto de múltiples partes con diversas funciones, el crecimiento se va dando en forma progresiva, concentrándose una vez en un órgano, luego en otro. Así, por ejemplo, primero se desarrollan las raíces de una planta, más tarde el crecimiento se concentra en el tallo y, posteriormente, en las hojas, las flores y los frutos.

En la persona y la comunidad sucede algo análogo. El crecimiento orgánico en éstas es simultáneo pero no se da en la misma medida: se produce lo que hemos denominado "unilateralidades o acentuaciones orgánicas", en el descubrimiento de los valores y la conquista de las diversas actitudes. Por eso el educador debe tener presente que cada cosa tiene su tiempo, que no es necesario que todo se capte a la vez, pues es imposible asimilar muchas cosas al mismo tiempo. Pretender que todo se desarrolle simultáneamente con una misma intensidad, conduce a una saturación y cansancio de las personas y del grupo y, no en último término, a una gran superficialidad: no se echan raíces. El adagio popular recoge esta verdad: "Quien mucho abarca, poco aprieta".

Cuando se "picotea", pasando de un tema a otro, no se llega a conformar la vida ni a crear actitudes profundas. Se es víctima, además de la superficialidad, del intelectualismo. Se "pasa" temas, se habla y reflexiona sobre una cantidad de cosas, pero sin que se dé una confrontación seria con la vida y sin que esas verdades se transformen en valores y realidades encarnadas.

El desarrollo sano de una persona y de un grupo requiere profundización hasta que se asimilen los valores y se conviertan en actitudes y estilo de vida. Para esto es necesario cultivar, paso a paso, aspectos del ideal global. Las circunstancias del tiempo, las voces del alma y del ser indican las "puertas abiertas" por donde hay que adentrarse en la conquista del ideal. El educador tiene que estar siempre atento a los *cambios de acentuación pedagógica* que puedan darse, sea motivado por las "voces del alma" o por las "voces del tiempo" o de las circunstancias tanto en las personas como en la comunidad a la que sirve.

En este mismo sentido, el proceso normal en la autoformación indica la necesidad de concentrarse en la conquista de una actitud por medio del examen particular, o en la vida de los grupos, de acuerdo a lo que denominamos "línea de año" o propósito de grupo. Entonces, centrados en ese cauce, se procede a valorizar lo más posible ese campo, motivándolo desde diversos puntos de vista, de modo que despliegue todo su atractivo e impulse a luchar por su conquista.

El intercambio de vida, la oración y los propósitos concretos irán profundizando esa conquista: *un hábito o actitud se genera por repetición de actos cargados de valor*. Esta "unilateralidad orgánica" o acentuación se concreta, por ejemplo, en la conquista de una actitud de oración, de respeto a los hermanos, de sencillez de vida, de espíritu de sacrificio o de compromiso apostólico concreto, etc. Así, progresivamente, mientras se crece en un aspecto, el todo como tal va alcanzando cada vez mayor madurez y plenitud.

El educador tiene la tarea de ayudar a que se mantenga el cauce que se ha elegido a la luz de la fe práctica en la divina Providencia, cuidando de su motivación y de su concreción en la vida diaria. Normalmente, sobre todo al inicio, habrá personas que quieran cambiar de tema en cada reunión. Entonces, el dirigente debe cuidar, en estos casos, de mantener el cauce sin caer en la rigidez, sino manteniendo la flexibilidad para no despreciar iniciativas e inquietudes valiosas, sabiéndolas integrar adecuadamente.

No existen reglas fijas para determinar la duración de estas "unilateralidades orgánicas" o cambios de acento, pero sí se puede afirmar que más vale profundizar que cambiar demasiado rápido de rumbo. Hay que considerar, en este sentido, que fuera de la inestabilidad propia de las personas, especialmente si se trata de la juventud, y de los cambios de ánimo, pesa el ritmo de la vida moderna que impulsa hacia un continuo cambio. No sin razón se habla hoy del "hombre cine", cuya característica es la discontinuidad. No se cultiva la interioridad, no se echa raíces y, por eso, nuestra cultura carece de alma. Nuestro objetivo es educar personas armónicas, que posean y cultiven actitudes profundas y sean capaces de mantener un estilo de vida y de trabajo en medio de un mundo cambiante y donde los valores están trastocados.

Este trabajo educativo, que se concentra en el cultivo de estas "unilateralidades" o campos de crecimiento específico, como el mismo nombre lo indica, es "orgánico". Mientras se conquista y afianza algo específico, simultáneamente crecen, en forma funcional, otros aspectos de la persona o del grupo, que han permanecido en segundo plano. Sucede algo semejante a lo que pasa con los vasos comunicantes: si se llena uno, simultáneamente el agua sube en el otro.

Sin embargo, esta integración, siendo básicamente funcional, en ciertos casos debe ser promovida en forma consciente. Pues puede suceder que la persona o el grupo se haya dejado captar tanto por un valor parcial, que lo haya llegado a convertir en algo absoluto, dejando de lado u olvidando otros aspectos iguales o incluso más importantes.

El P. Kentenich enuncia, en este sentido, el principio: "centrar sin integrar conduce a la paralización". Un grupo, por ejemplo, puede centrarse tanto y tan prolongadamente en su vida interna, que deje de lado su proyección apostólica. Esto sería justamente una "unilateralidad inorgánica". En cambio, si se profundiza y se busca a la vez fomentar la fraternidad y solidaridad en el mundo que nos rodea, entonces esa integración repercutirá afianzando la vida interior del grupo y dándole más impulso y fecundidad. Si eso no se diese, el grupo se encerraría infecundamente en sí mismo.

La conducción del Espíritu Santo y la sabiduría pedagógica del educador deben asociarse para que el proceso educativo una este crecimiento simultáneo y, a la vez, diferenciado.

## **5. El crecimiento orgánico es rítmico**

### ***El crecimiento orgánico conoce determinados ritmos en el crecimiento***

Para conducir adecuadamente a un grupo o acompañar el proceso de crecimiento de una persona, es necesario tener en cuenta otro aspecto del desarrollo del organismo: el crecimiento de un organismo conoce ritmos. En la naturaleza podemos observarlo, por ejemplo, en el paso del invierno a la primavera: en pocos días los árboles y el campo cambian su aspecto. Es algo semejante a lo que sucede a un niño cuando pasa de la pubertad a la adolescencia: se produce una discontinuidad; se rompe el desarrollo lento y paulatino que se había conocido en las fases anteriores y se pasa a otra fase de crecimiento.

En este mismo sentido, es importante que el educador no se inquiete porque en el grupo, durante un determinado tiempo, "no pasa nada". Después del otoño (época donde se ven los frutos) viene el invierno. Meses más tarde, vendrá una nueva primavera ... Hay que saber distinguir entre estar detenido o retroceder y el lento avance hacia la conquista de los ideales en la vida cotidiana. Es preciso captar los "ritmos" propios del desarrollo de las personas y las comunidades.

Así como en la naturaleza se dan ritmos o fases normales, de modo análogo, se puede distinguir, en el desarrollo de las personas, etapas normales: niñez, adolescencia, juventud, madurez y vejez. Cada paso entraña una situación nueva y una cierta "crisis de crecimiento". El educador debe estar atento a estos pasos que introducen en una nueva situación vital y que requieren una nueva táctica pedagógica. También en los matrimonios y en los grupos, se da estas etapas o momentos de crecimiento.

Estos "estadios" no son incongruentes. Forman parte del plan de Dios y por eso el nuevo crecimiento o nivel debe integrarse en el núcleo de la personalidad y en el

alma comunitaria. Son "crisis de crecimiento" positivas. Son etapas de transición que desembocan en un nuevo nivel o estadio vital. En el momento mismo del cambio, está fuertemente presente una nueva "visión" o un gran "entusiasmo" y, en muchos casos, una "confusión" inicial. Luego vendrá un tiempo de "reubicación", una nueva etapa de asentamiento y asimilación.

Una pedagogía dinámica toma todo esto en consideración y busca responder con flexibilidad y capacidad de adaptación a las nuevas realidades que se presentan en quienes acompaña.

Tanto en la vida de las personas o de las comunidades suele darse momentos y períodos de aceleramiento, que interrumpen la lentitud del desarrollo o que van más allá de los procesos rítmicos de crecimiento. Se trata de auténticos saltos vitales que conducen a otra situación cualitativamente distinta de la anterior.

Estos "saltos" suelen darse en la vida de las personas y en los grupos. Más allá de las etapas normales y también por ello, previsibles, se dan determinados cambios "no previsibles" que responden a determinadas circunstancias o acontecimientos que "remecan el piso" de la persona o de la comunidad; que desatan a veces crisis o que plantean nuevas exigencias. También Dios puede irrumpir con su gracia al interior de la comunidad y en el alma de las personas, con sus llamados y mociones particulares, con sus luces y requerimientos, de acuerdo a su plan de amor, que a veces no coincide con el nuestro, llamándonos a tomar otros caminos.

Dios a veces puede irrumpir con su gracia en un momento inesperado, ya sea actuando al interior del corazón de las personas por la acción del Espíritu Santo o bien urgiendo su desarrollo a través de las circunstancias o acontecimientos. Un acontecimiento determinado puede cambiar bruscamente el ritmo del crecimiento y de la orientación que se llevaba hasta el momento. Una circunstancia concreta, puede derrumbar todos los esquemas. Puede apurarnos y exigirnos más de lo que podría considerarse "normal". Pensemos, por ejemplo, en la conversión de san Pablo, en lo que significó para san Ignacio de Loyola su convalecencia y en tantos acontecimientos "que cambian la vida de las personas".

Estos "saltos" están condicionados también por la libertad humana. El hombre puede abrirse o cerrarse al don de Dios, puede aceptarlo o rechazarlo. Es así como a veces pequeños pasos en la generosidad y en la entrega, pueden mover a Dios a que derrame grandes gracias. Dios nunca se deja vencer en generosidad.

Es así como el lento desarrollo orgánico es interrumpido al producirse irrupciones intensas e inesperadas de la gracia de Dios. Estas señalan y quieren conducir hacia un plano más elevado de desarrollo o perfeccionamiento de la persona y de la comunidad y a enfrentar metas más altas. La sabiduría pedagógica se demuestra entonces en el arte de interpretar la conducción de Dios y de responder adecuadamente a los desafíos que plantea la divina Providencia.

Es importante que el educador esté atento para detectar estos momentos o tiempos de gracias y ayudar a que encuentren expresión y respuesta en la vida de las personas y del grupo. Para ser sensible a este "paso del Señor" se requiere que reflexione y medite, tratando de descubrir los caminos por los que Dios y la Santísima Virgen quieren conducir, siendo él solamente un servidor de la vida.

Los "saltos" que hemos descrito son "orgánicos" en la medida que son asumidos e integrados en la vida personal o comunitaria. Esto nos recuerda una vez más que la pedagogía dinámica se mueve en el ámbito de una consecutiva pedagogía del ideal.

### III. UNA TRIPLE PERSPECTIVA DE INTERES

#### 1. En general

La pedagogía dinámica considera las leyes de crecimiento del educando y se adapta a ellas. Por otra parte, además, considera en su actuar pedagógico que en los individuos y en la comunidad existe una determinada receptividad respecto a los valores. En este sentido el P. Kentenich habla de "perspectiva de intereses".

Esta receptividad o perspectiva de intereses, de acuerdo a su explicación, posee una triple dimensión: se da una perspectiva de intereses instintiva o inconsciente, una perspectiva racional o consciente y una perspectiva de intereses sobrenatural.

Ciertamente el educando no necesita conocer explícitamente este proceso: la idea es que para él todo se dé del modo más natural posible, sin que promedie una reflexión excesiva. El pedagogo, en cambio, necesita captar esa triple perspectiva de intereses: si posee una naturaleza más intuitiva, la captará en forma más espontánea, o bien deberá lograrlo mediante la reflexión y observación del comportamiento y expresiones de vida de los suyos.

Todas las personas tienen *anhelos e intereses que surgen desde la esfera instintiva de su ser*, tales como el anhelo de cobijamiento, de conservación, de amar y ser amado, de libertad, de ser valorado, de creatividad, etc.

Las personas también poseen *intereses racionales o conscientes*, primariamente en el orden natural, que se refieren a lo que él aspira a partir del conocimiento de sí mismo y de la realidad que lo rodea. Si vive en una sociedad donde se da un fuerte interés por la ecología o la solidaridad, o bien, donde está vivo el espíritu de trabajo y la responsabilidad, o la búsqueda de la libertad, por ejemplo, el educando aspirará "casi naturalmente" a esos valores, porque en su medio se aprecia, se habla y se vive en ese mundo. Lo que se escucha y reflexiona gira en torno a esos valores, o al "espíritu objetivo del tiempo", como también se le ha denominado.

Por esto, el educador tiene que estar con los dos pies firmes en la realidad. Tiene que conocer los valores dominantes en la cultura y también los ídolos y antivalores que reinan en el ambiente, para poder detectar lo valioso que hay detrás de ellos y, a la vez, poder desenmascarar los antivalores en boga.

Existe, además, una *perspectiva sobrenatural de intereses*. Ésta se da en personas y comunidades ya iniciadas en el mundo de la fe. Para ellos, entonces, constituirá un valor y tendrán sentido, por ejemplo, beber de la Palabra de Dios, adentrarse en la vida de Cristo, acercarse a la Virgen María, interesarse por la vida de la Iglesia, etc.

La importancia de conocer y aplicar una pedagogía de acuerdo a esta triple receptividad o perspectiva de intereses es particularmente relevante hoy, dado

que en muchos casos no se puede comenzar a evangelizar y transmitir la Buena Nueva en forma directa. A menudo se habla en un nivel tal que los educandos no logran interesarse realmente por lo que escuchan, sin que la palabra del educador los mueva mayormente a hacer suyas las verdades que se proclaman.

O bien, lo que también sucede, se expone la verdad revelada en un lenguaje que sólo comprenden “los iniciados”, los creyentes, pero que no capta a los no creyentes. Y cada vez es mayor el número de los “creyentes” que, en realidad, no creen, sino que, en el mejor de los casos, solo poseen una religiosidad vaga, no esclarecida.

Es claro que para estar en condiciones de proponer a los suyos los valores evangélicos de modo que les sean comprensibles y atractivos, y entusiasmarlos con ellos para que los hagan propios, el educador debe estar en sintonía con el mundo objetivo de estos valores y presentarlos vivos en su propia persona, como ejemplo para la grey.

Damos una breve explicación de cada una de estas perspectivas de interés.

## **2. En particular**

### ***2.1. La perspectiva de intereses instintiva o inconsciente***

El hombre no se mueve sólo por anhelos e intereses conscientes o racionales sino, por el contrario, su acción está determinada en gran medida por el inconsciente, por las fuerzas instintivas o pulsiones primarias de su naturaleza.

A muchos, este mundo les merece recelo y prefieren ir derechamente a “lo que es claro”, a lo que se puede ver y analizar racionalmente. Sin embargo, como reza un antiguo adagio: “lo que no se asume no se redime”, si no se capta el mundo instintivo, si no se capta el corazón, no captamos a la persona, y, por lo tanto, ese mundo instintivo es captado por antivalores e ídolos.

No hay que tener recelo de que la pedagogía recoja zonas afectivas y subconscientes de la persona. Aún más, éste es un aspecto hoy particularmente importante: hacer que esas regiones de las personas, que han sido reprimidas o no consideradas por tendencias racionalistas o de corte rigorista, sean vitalmente penetradas por Cristo.

Si no se captan y encauzan los impulsos instintivos en el sentido querido por Dios, estos serán captados en el sentido contrario a lo que Dios quiere, y con las consecuencias que de ello se siguen. Esto se puede comprobar en la realidad actual, donde reina un desenfreno instintivo y vital que genera por doquier desintegración y corrupción.

Un cristianismo purista, intelectual, lleva al hombre de hoy, especialmente al latino, que es particularmente emotivo, a canalizar su vida afectiva al margen de la fe, y con ello se facilita un progresivo alejamiento de la Buena Nueva.

Un estudio profundo de la psicología de la gracia nos muestra una maravillosa armonía entre los anhelos instintivos del hombre y las verdades de la fe.

Freud, considerando este hecho, concluyó que la religión no era otra cosa que una pura ficción del anhelo, un invento de su imaginación e impulsos instintivos. Nosotros, en cambio, vemos en este hecho la maravillosa armonía creada por Dios entre lo sobrenatural y lo natural. Para graficarlo, diríamos que Dios creador hizo el pan y la fruta, y puso en la creatura el instinto de conservación y el hambre. No es el hambre el que fabrica el pan. El niño busca a la madre instintivamente; él no crea a la madre, ella existe antes que él y da respuesta a su anhelo.

Más aún, los anhelos profundos del alma sólo encuentran plena respuesta en el orden sobrenatural, y esto no es "alienación" o "ficción", sino consecuencia del orden de ser, de la realidad objetiva y existencial del hombre.

¿Qué anhelos e impulsos instintivos se dan en nuestro interior? Mencionamos algunos aspectos de la receptividad instintiva que brotan inconscientemente de nuestra afectividad profunda.

### ***La búsqueda de un cobijamiento existencial***

Existe en nuestra naturaleza un instinto que se puede describir como el anhelo por el cobijamiento materno. Todo hombre es un ser finito, un ser "*ab alio*", que viene de otro. No existe por sí mismo ni tiene asegurada su existencia: existe y puede dejar de existir. Como decía M. Heidegger: de lo único que el hombre está seguro es de que va a morir.

De ahí que esté inscrito en su misma estructura ontológica el instinto filial, el anhelo de dependencia y necesidad de cobijamiento filial. Su ser es "*ad aliud*", orientado hacia otro. Este cobijamiento existencial lo encuentra, o debiera encontrarlo, en personas; en primer lugar, en sus progenitores. A través de su vida estará siempre condicionado a ser acogido, valorado y amado. No se basta a sí mismo. Por eso el adagio "*veh soli*", ¡ay de los solitarios!

El educador de la fe conoce el anhelo de cobijamiento, y está en sus manos encauzarlo y darle respuesta. Ciertamente, en primer lugar, él mismo debe responder a éste con su forma de acoger a los suyos. La pedagogía de vinculaciones responde ampliamente a ello. La pedagogía dinámica al mismo tiempo le permite abrir a los suyos el mundo de valores de los vínculos personales, del cobijamiento en una comunidad y en el mundo sobrenatural.

### ***El instinto de amar y ser amado***

Íntimamente relacionado con el anhelo de cobijamiento palpita en el alma de toda persona humana el instinto de amar y ser amado.

El ser humano está ontológicamente orientado hacia la vinculación personal y local. Es un *ser-en-el mundo* y un *ser-para-el-tú*. La antropología moderna se ha encargado de fundamentar y probar esta realidad. La persona no encuentra su plena realización en ideas o en obras exteriores; sólo llega a ser persona y a desarrollar toda la potencialidad de su ser en la vinculación personal a un tú y en la integración social: se descubre a sí mismo en la medida en que se relaciona con el tú.

Ahora bien, no rara vez sucede que se despoja a la religión y la vida de fe de su

carácter personal, convirtiendo a la Iglesia en una institución donde reina el impersonalismo.

Muchas veces se presenta la religión cristiana como un conjunto de ideas y normas, de modo que las personas no descubren la riqueza de la verdad revelada a través de un encuentro personal de tú a tú. En nuestros templos se encuentran personas que no saben unas de otras. A menudo no hay ni se cultiva la comunidad. En un mundo impersonal, la realidad del Dios personal se desvanece con facilidad de la vida religiosa y espiritual; las verdades de la fe se despersonalizan, incluso hasta reducirlas a una ideología o construcción doctrinal.

Algo semejante sucede en la vida sacramental. Preguntémonos hasta qué punto y cómo se percibe la presencia personal de Cristo en la eucaristía. Se realizan ritos, se insiste en las formas litúrgicas y en muchas otras cosas, de hecho secundarias, quedando en un segundo o tercer plano el encuentro personal con el Señor y el carácter comunitario de la Iglesia. Pero si la vida de la fe no tiene una impronta personal, si no hay comunión, si no hay familia, no hay Iglesia.

Tarea básica del educador es captar este instinto de dar y recibir amor y de introducir a quienes sirve en la necesidad de salir de sí mismos, desarrollando su capacidad de entrega y a la vez de acoger el amor que recibe como respuesta al suyo. El mundo de valores de la Buena Nueva, la riqueza del ideal cristiano de la comunión y la solidaridad, que proclama y presenta, encontrarán entonces eco en el corazón de los suyos.

### ***El instinto que busca la expresión sensible***

Muchos se escandalizan por la “sensiblería” y “fetichismo” que se manifiesta en la piedad popular. Es cierto que existen desviaciones que hay que corregir. Pero otra desviación igualmente nociva suele darse en el sentido contrario: la del “espiritualismo” y “sobrenaturalismo”, que propone una religión “pura”, “verdadera”, “sin contaminaciones” sensibileras.

Este error sociológico y teológico aleja a muchos de la Iglesia, porque desconoce la naturaleza humana: somos de carne y hueso, espíritu y materia, espirituales y sensibles y, al desconocer esto, la labor pedagógica se hace estéril.

Es un grave error antropológico y religioso disminuir o dejar sin respuesta este instinto básico. Dios no lo hace: él nos creó y nos trata de acuerdo a la modalidad y naturaleza que nos regaló. Nuestro Dios es un Dios que se manifiesta y que, en la plenitud de su acercamiento al hombre, da un paso inaudito: se hace hombre. “Y el Verbo se hizo carne”, afirma san Juan solemnemente en el prólogo de su primera Epístola, cuando confiesa:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído,  
 lo que hemos visto con nuestros ojos,  
 lo que hemos contemplado  
 y lo que hemos tocado con nuestras manos  
 acerca de la Palabra de Vida,  
 es lo que les anunciamos.  
 Porque la Vida se hizo visible,

y nosotros la vimos y somos testigos,  
 y les anunciamos la Vida eterna,  
 que existía junto al Padre  
 y que se nos ha manifestado.  
 Lo que hemos visto y oído,  
 se lo anunciamos también a ustedes,  
 para que vivan en comunión con nosotros.  
 Y nuestra comunión es con el Padre  
 y con su Hijo Jesucristo.

Les escribimos esto  
 para que nuestra alegría sea completa. (I Jn 1, 1-3)

El mismo Dios que se manifiesta en forma sensible, se vale de lo sensible para atraernos a sí: funda la Iglesia, una entidad visible y concreta; instituye los sacramentos, que definimos como “signos sensibles y eficaces de la gracia”; llega a nosotros a través de personas, también de carne y hueso. Nuestra religión posee un marcado carácter encarnacional. No podemos despojar la vida, espiritualidad y pedagogía de ese carácter que le es propio.

No dar importancia a lo sensible no sólo implica negar nuestra propia manera de ser sino también empobrecer y limitar la posibilidad de un encuentro “humano” (porque no somos ángeles o espíritus puros) con el Señor de la vida.

El educador debe saber dar respuesta al anhelo de encontrar a Dios que existe en las personas, y de expresarse a través de signos sensibles y de símbolos. La pedagogía de movimiento trata, por eso, de captar todo el mundo de los símbolos y de la expresión sensible en su quehacer pedagógico: es una pedagogía viva, que se expresa en forma viva.

El pueblo, especialmente el pueblo sencillo y aquellos que no se han contaminado por una cultura racionalista y materialista, busca en forma natural expresar su amor y apego a quien ama a través de las más variadas formas y simbologías. ¿Qué sucedería si en el mundo de las relaciones personales se extinguiera la expresión sensible del afecto, lo que es un apretón de manos, un abrazo o un regalo para con un amigo o lo que es una caricia o un beso para los esposos? Esa amistad y ese amor se iría apagando poco a poco. Una pedagogía que no capte esta necesidad de la expresión sensible, que no conozca el mundo y la riqueza de los símbolos, ciertamente no llegaría muy lejos; a lo más captaría la cabeza de los suyos, pero no su corazón.

### ***El anhelo de liberación interior***

El hombre posee naturalmente un fuerte instinto y necesidad de liberación y redención. Como dijimos, nuestra realidad natural es frágil, más aún a causa de las heridas que ha dejado en ella el pecado original y los pecados personales. Esa fragilidad nos lleva a pecar y a hacer justamente aquello que no quisiéramos hacer. Y esto lo registra nuestra conciencia, que nos acusa. Por eso, desde lo más profundo, el ser humano experimenta la necesidad de deshacerse de sus ataduras, de ser perdonado, de liberarse del sentimiento de culpa que pesa en su interior.

Así, el anhelo de libertad, de ser perdonado, de tener paz en el corazón, una y otra vez aflora en nuestra conciencia. En vano se le echa tierra encima a la conciencia, atribuyendo su culpa a un error, a una equivocación o a una enfermedad; en vano todo se relativiza, tratando de justificar lo injustificable. No resulta: difícilmente se podrá acallar por completo esa voz interior. Nos engañamos a nosotros mismos, y como consecuencia nos enfermamos física y psicológicamente, nos destruimos, encerrándonos en nuestra propia cárcel.

Sin embargo, Dios sale de muchas formas a nuestro encuentro para liberarnos y darnos la paz que anhelamos. Nos tiende la mano, nos regala su Palabra liberadora, nos revela al Padre como Dios de misericordia, nos ofrece, en definitiva, su vida en la cruz para liberarnos del pecado. Y, desde lo alto de esa cruz de redención, nos regala a su propia Madre, como Madre y Reina de Misericordia, como Refugio de los pecadores y Consuelo de los afligidos.

El educador está llamado a ser un signo sensible del amor misericordioso de Cristo Redentor y del Padre de misericordia. Por lo que es e irradia, por lo que dice y hace, debe manifestar el poder liberador de Cristo, captando de esa forma el anhelo y necesidad que existe en el interior de quienes está llamado a servir, a liberar.

Se podría mencionar otros anhelos e impulsos instintivos que marcan la receptividad de valores inconsciente de los educandos. Se podría mencionar, por ejemplo, todo aquello a lo cual aspira y ante lo cual muestra un especial interés la psicología propia del varón y de la mujer: el educador no está ante personas “neutras”; debe hablarles de acuerdo a su receptividad propia y a su propio lenguaje. Tendría que considerar también la sensibilidad que muestran las personas que sirve, condicionada por vivencias, a veces, traumáticas, que se muestran en afectos y anti-afectos, en simpatía y antipatías, que brotan sin mayor reflexión y que tienen sus raíces en el inconsciente.

## **2) La perspectiva de intereses racional del hombre moderno**

El educador, más allá de captar la perspectiva de intereses instintiva, mostrando los valores en relación a los anhelos que laten en la efectividad profunda de la persona y la comunidad, también debe poseer la capacidad de captar los signos del tiempo, los valores y antivalores que dominan en nuestra cultura y que marcan las aspiraciones que motivan al hombre contemporáneo. Muestra los ideales objetivos en conexión con la realidad y lo que sucede en el momento histórico que se vive, los muestra en conexión con lo que siente, vive y aspira el hombre contemporáneo.

Para ello, como se hizo notar anteriormente, el educador necesita estar en contacto con la realidad y las corrientes culturales de la época, tomando muy en cuenta la mentalidad reinante, los intereses y aspiraciones que se expresan una y otra vez en su modo de ver y juzgar la realidad, en sus “sueños” y en los desafíos que enfrentan. El educador requiere estar situado con los dos pies en la tierra y no hablar un lenguaje ajeno a lo que acontece ni menos aún situarse en una época ya pasada. Es preciso que confronte la verdad y los valores supratemporales con

las concepciones antropológicas actuales y la problemática que se derivan de esta.

El hombre contemporáneo, especialmente el latinoamericano, está dominado por un fuerte impulso de renovación, tanto en el plano temporal como respecto a la Iglesia; tiene anhelos de libertad y aboga por una justicia social consecuente, quiere autenticidad y participación activa en el quehacer social, político y religioso, busca la dignificación de la persona humana y lucha por sus derechos. Estas y otras aspiraciones no se pueden pasar por encima si quiere captar a los hijos de esta época, moviéndolos a luchar por esos ideales desde una perspectiva cristiana auténticamente humanista.

El hombre y la Iglesia latinoamericana persiguen hoy la liberación social y humana urgida por los signos del tiempo, por la grave situación de injusticia y denigración del hombre y del trabajo. Afirma el documento de Medellín, del CELAM:

Estamos en el umbral de una nueva época histórica de nuestro continente, llena de anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva... No podemos dejar de interpretar este gigantesco esfuerzo por una rápida transformación y desarrollo como un evidente signo del Espíritu que conduce la historia de los hombres y de los pueblos hacia su vocación. No podemos dejar de descubrir en esta voluntad cada día más tenaz y apresurada de transformación, las huellas de la imagen de Dios en el hombre, como un potente dinamismo. Progresivamente ese dinamismo lo lleva hacia el dominio cada vez mayor de la naturaleza, hacia una más profunda personalización y cohesión fraternal y también hacia un encuentro con Aquel que ratifica, purifica y ahonda los valores logrados por el esfuerzo humano. (Medellín, Introducción, 4)

En la perspectiva de intereses del hombre contemporáneo está vivo igualmente un agudo sentido por la dignidad de la persona humana. Esto como reacción ante una cultura materialista, que fácilmente genera hombres masificados y esclavizados, con una esclavitud tal vez peor a la que dominaba en la antigüedad.

Ante el hombre deshumanizado, que ha perdido el núcleo de su personalidad, discontinuo y títere de la propaganda y los juegos políticos, ante ese hombre manipulado y reducido a menudo a ser una máquina de producción, proclama la verdadera libertad y dignidad humana, e impulsa a luchar a fin de que todos los hombres alcancen la liberación integral y la dignificación personal a la cual están llamados, desenmascarando a la vez los falsos conceptos de libertad y las deformaciones de la auténtica dignidad del hombre.

En este mismo contexto el educador debe saber captar y responder a los auténticos anhelos que subyacen en la corrientes feministas actuales. Problemas como la controversia sobre el género, sobre la identidad masculina y femenina, sobre la familia y la vida, desde su concepción hasta la muerte, que hoy están en el tapete, requieren ser iluminados y presentados de tal forma que se recoja lo valioso y se desenmascare lo parcial o errado que manifiesta la mentalidad reinante.

### **3. La perspectiva de intereses sobrenatural**

El educador no sólo debe tener y desarrollar una capacidad para detectar la perspectiva de intereses instintiva, el “tono del alma” de las personas y de la comunidad que tiene a su cargo, y la perspectiva de intereses consciente, el sentir, pensar y actuar del hombre contemporáneo, sino que también debe saber captar los intereses que mueven a aquellos que profesan la fe. Sea que su fe sea primitiva o bien una fe viva, que quiere ser alimentada y que busca expresarse en el compromiso por el advenimiento del Reino.

Son muchos los puntos de contacto y diversas las realidades concretas que puede enfrentar el educador de la fe. Por ejemplo, puede tener ante sí personas y comunidades marcadamente religiosas o devocionales. Puede estar llamado a servir a quienes vibran por los ideales de una Iglesia volcada hacia los pobres y la solidaridad. Puede ser también que su motivación pedagógica tenga por objeto animar y servir a cristianos comprometidos, que buscan crecer en su vida espiritual y ser eficaces en su apostolado, tanto al interior de la misma Iglesia o en su misión de ser alma del mundo. En todo caso, ciertamente le resultará más fácil conectar lo que a ellos les interesa con las verdades e ideales de la fe y conducirlos progresivamente a una maduración de su personalidad y coherencia con lo que creen en el contexto de los ideales evangélicos más genuinos.

## **IV. LA PRAXIS DE LA MOVILIZACIÓN DE VALORES**

### **1. Formar una mentalidad**

Lo expuesto anteriormente nos permite ahora adentrarnos más directamente en el proceso mismo de la movilización de valores.

Citamos uno de los textos centrales del P. Kentenich al respecto. En la jornada pedagógica que dictó en 1950<sup>1</sup> dice al respecto lo siguiente:

Detengámonos un poco en los objetivos pedagógicos. Para ello vamos a mencionar algunas de las leyes de la pedagogía. En la labor educativa preocupémonos de alcanzar las siguientes metas:

1. Lograr que la idea que expresa el objetivo se convierta en el complejo de ideas dominante.
2. Lograr que el complejo de ideas dominante se convierta en un complejo de valores.
3. Lograr que la idea dominante se convierta en un complejo de valores no sólo objetivo sino también subjetivo.

---

<sup>1</sup> Esta jornada fue publicada en castellano en Argentina, en 1994, bajo el título de “Pedagogía para el Educador católico”.

Willmann llama a la educación “movimiento de bienes” o un “movimiento de valores”.<sup>2</sup> Lo esencial es que, de todo ese enorme movimiento de valores objetivos, se detecten las motivaciones y valores que estén en correspondencia con la perspectiva de intereses natural y sobrenatural del educando y se adecúen a su receptividad personal para los valores.

Las leyes enumeradas tienen validez general y debemos aplicarlas sea cuales fueren los objetivos pedagógicos o filosóficos que persigamos.

Paso a presentarles otras constantes pedagógicas que pueden ser útiles al educador.

### **Asociar palabra, verdad y valor**

En primer lugar, procuremos en la educación una continua asociación entre palabra, verdad y valor. Lo repito: asociar palabra y verdad. No basta con hablar y hablar, la palabra debe emplearse como expresión de una verdad; y de ésta hay que elaborar simultáneamente el valor que corresponda, tanto objetivo como subjetivo.

### **Asociar valor parcial y valor central**

Hay que asociar continuamente valor parcial y valor central. Tomemos el caso de un grado de la escuela, donde el ideal que tienen los alumnos es el de la filialidad ante Dios. En todas las clases que reciban se los orientará, de alguna manera, hacia la consecución de ese ideal comunitario. Los temas que se vayan tratando a lo largo del año lectivo, por ejemplo ciertas virtudes como la humildad, el respeto la obediencia y otros puntos de enseñanza religiosa como la devoción eucarística o mariana: todo debe ser considerado como un valor parcial que hay que ligar al valor central. En suma, lo importante es asociar continuamente valor parcial y valor central.

### **Desenmascarar y desvalorizar los valores aparentes o destructivos**

Por último, es necesario desenmascarar y desvalorizar los valores aparentes o bien de carácter destructivo. Sabemos que en nuestros días, los valores trascendentes y fundamentales no encuentran eco porque la gente ha sido seducida por valores subalternos. De ahí la tarea, ingente y ardua, de desenmascarar y desvalorizar todos los valores aparentes o destructivos. Esta labor se puede llevar a cabo mediante el “método de eclipsamiento o de la cortina de humo”<sup>3</sup>. De esta manera ya nos hallamos en medio del “taller pedagógico” y el especialista sabrá lo que significan estos términos.

Para captar cabalmente lo que el P. Kentenich propone, es necesario considerar el extraordinario cambio cultural que se ha dado en nuestro tiempo. Antes era relativamente más fácil educar y, expresamente, educar en la fe. Los valores que predominaban en el ambiente eran de una u otra forma, valores humanistas y

---

<sup>2</sup> Otto Willman, *Didaktik als Bildungslehre*, 1923-5. Tanto Willmann como el P. Kentenich comparten puntos de vista similares en importantes cuestiones de pedagogía.

<sup>3</sup> O bien se hace brillar el sol, que disipa las sombras, o bien, se va tratando de tapar cada sombra.

cristianos. La conciencia de lo moralmente correcto e incorrecto, era normalmente aceptada. Si se cometía algo moralmente incorrecto, era reconocido como tal.

Hoy la situación es diversa: vivimos una época relativista. Lo que es bueno o malo lo juzga la mayoría. O bien, cada cual determina lo bueno o lo que es malo, de acuerdo a su propia conveniencia, de acuerdo a lo que en ese momento le parece bien, de acuerdo a lo que “piensa la gente”, a lo “que todos hacen”, o a lo que opina el partido o el grupo al cual se pertenece. El P. Kentenich afirmaba que si bien siempre ha existido una “revolución moral” (siempre ha estado y estará presente el pecado en la conducta del hombre), hoy debemos hablar de una auténtica “revolución del ser”, donde cada persona puede “elegir libremente” su identidad sexual; practicar el aborto o aceptar el matrimonio entre personas del mismo género, hacer los negocios de acuerdo a la “moral” del propio provecho, no importando los medios para lograrlo y suma y sigue. La “revolución del ser” acaba con la moral natural e igualmente, con mayor razón, con la moral evangélica.

Es claro que el educador posee hoy una tarea extraordinariamente importante y difícil. Antes contaba con el “aliado” del medio ambiente y de la tradición. Actualmente eso se da en muy pocos lugares. Motivaba e invitaba a algo que, de una u otra forma, todos querían y aceptaban. Ahora la captación del interés por el mundo de la fe y los valores cristianos, requiere una especial habilidad. Una pedagogía “ideológica” y estática no surte mayor efecto. De allí que el educador deba capacitarse expresamente en esa dirección.

Los valores cristianos ya no predominan ni en la mentalidad ni en la actitud ni en los criterios de juicio del hombre actual. Incluso, dentro de los mismos creyentes se pueden encontrar opiniones de muchos que se confiesan cristianos, aunque su escala de valores y posiciones valóricas distan mucho de la fe o de lo que enseña el magisterio.

De allí la propuesta del P. Kentenich: tenemos, primero, que generar una mentalidad, una manera de ver la vida y de captar el sentido de la existencia. Es preciso acercar a las personas el mundo de valores cristianos, de modo que se cree en ellos una nueva manera de ver la realidad, el ser y la misión del hombre y el sentido de la historia.

Tiene que transmitir ideas que expresan verdades y lograr que esas verdades sean consideradas como un valor, no solo objetivo sino subjetivo, es decir, valores para ellos, que les atraigan e interesen a ellos y que ellos de verdad los hagan suyos.

Este proceso, como puede entenderse, no es fácil, sobre todo considerando el terreno en el cual cae la semilla. Es un proceso largo: no basta con dar una charla o pasar temas que expliquen los ideales y traten de hacerlos atractivos. Por eso el P. Kentenich insiste en que el complejo de ideas o ideales debe llegar a ser dominante; tiene que llegar a crear una mentalidad y traducirse en actos, en costumbres, en una nueva forma de ver el sentido de la propia vida y de la historia.

Esto implica que el educador constantemente debe unir la palabra que usa, con la verdad que expresa esa palabra y con el valor que ellas entrañan. El educador introduce así términos claves, que se refieren a verdades específicas y que están

cargadas de valor en sí mismas y para los que las usan y escuchan.

Enfatiza, además, el P. Kentenich, la necesidad de que el educador, mostrando los ideales o verdaderos valores, también desenmascare al mismo tiempo los antivalores que dominan en el ambiente y que, por lo tanto, consciente o inconscientemente han hecho suyos las personas que están llamadas a educar.

Esto lo lleva a cabo no solo poniendo al descubierto el error o lo negativo que se da en ellas, sino que rescatando a la vez las verdades o valores parciales que se encuentran en estos, sea porque se han extrapolado determinadas realidades de suyo válidas o porque solo se han captado fragmentos de las mismas.

En la jornada sobre pedagogía mariana del año 1934, afirmaba ya estas ideas. Dice, por ejemplo:

Vale la pena que comprendamos con claridad este pensamiento. Debo procurar que en mi comunidad parroquial constantemente circulen bienes espirituales. Si no presento a mi comunidad valores espirituales, si sólo planteo exigencias y no procuro que haya valores, entonces no habré respetado el sentido de la educación. Cuanto más me esfuerce en ampliar tal dimensión valórica, tanto más rápidamente alcanzaré el objetivo. Por eso como educador debo estar siempre a la altura de la época, conocer los bienes espirituales que palpitan en la actualidad y desvalorar los valores aparentes. Si no lo hago, si me conformo con meras lamentaciones por el fracaso sufrido, entonces habré sido alguien que gobernó pero no educó. Por lo tanto tiene sentido recordar esa formulación: "movimiento de valores espirituales". (...)

¿Cómo se convierte un complejo de valores objetivo en uno subjetivo? Acercándolo al alma de una manera que las personas lo capten instintivamente. Hay que fijarse si un determinado valor corresponde o no a una determinada receptividad para valores. Se debe buscar para cada valor su correspondiente receptividad. Éste es el punto donde el teólogo se convierte en pedagogo. No debemos ser solo teólogos sino saber también a qué receptividad corresponde un valor determinado.

## **2. El proceso como tal**

Bajando aún más al terreno práctico, es preciso tener en cuenta el modo en que el educador va transmitiendo los valores o ideales.

En este sentido, más allá de la necesidad de que el educador tenga claridad sobre los ideales o valores objetivos que quiere transmitir y de la coherencia de estos valores con lo que él mismo encarna o busca encarnar, más allá de que debe ser un conocedor de las corrientes culturales que dominan el ambiente de los suyos, es necesario que conozca vitalmente la realidad concreta, las aspiraciones e sensibilidad anímica: la perspectiva de intereses de quienes está llamado a educar.

Para lograrlo, en primer lugar, debe buscar el modo de establecer un vínculo personal con ellos, lo cual implica que ha tomado contacto personal con ellos.

Hablar “desde el púlpito” o desde la cátedra, en el mejor de los casos solo logrará captar a los que ya están captados por los ideales cristianos.

Recuérdese que el P. Kentenich define la educación como un “mantener un contacto vivo” del educador con los suyos, es decir, una relación cercana, que le permita apreciarlos y descubrir lo que late en su alma y conocer de cerca cuáles son sus intereses e inquietudes.

Esta relación le permite descubrir los “puntos de contacto” que existen para acercarlos a los valores que quiere transmitirles, captando así lo que a ellos les interesa. Si lo que está vivo en estos es, por ejemplo, la pasión por el deporte, o bien, una inquietud social o el mundo espiritual, etc., entonces cogerá el valor que existe tras ese interés y lo reafirmará, aunque de suyo sea un valor parcial o lateral.

El vínculo personal inicial y la captación de los puntos de contacto existentes, junto con la afirmación del valor que está latente en ellos, hace que los educandos se sientan comprendidos y aceptados en sus inquietudes y que se les habla un lenguaje que ellos entienden.

Habiendo afirmado el valor que los anima, en forma progresiva, justamente a partir de ese valor podrá irles abriendo el mundo de otros valores, encaminándolos en forma orgánica a interesarse por los valores e ideales propios del mundo de la fe y de un auténtico humanismo.

El educador tiene que saber descubrir entonces un “complejo de valores” que toca de algún modo un aspecto central del ideal cristiano o humanista. Este conjunto de valores tiene entonces que ir “desmenuzándolo” con los suyos. Se da en esto un juego entre lo que brota de los mismos educandos y de lo que el educador propone, pues ya se supone que existe una cierta “sintonía” entre ambos.

Este conjunto de valores debe llegar a ser, como ya se dijo, una idea dominante: algo que vaya creando una mentalidad y actitud en los educandos.

Para que esto se dé, es preciso que ese conjunto de valores o ideales, se vaya concretando o vaya plasmando la vida concreta de los individuos y de la comunidad. El ideal, la causa, la gran idea, el complejo de valores (todo apunta a lo mismo), se mantienen hasta que ya sea algo “natural” tenerlos presentes. Poco a poco se van creando expresiones simbólicas que expresan y mantienen vivo ese mundo (banderas, lemas, consignas, cantos, etc.). Todo lo cual se refuerza con acciones, con la puesta en práctica de propósitos que, poco a poco, van plasmando las costumbres personales y comunitarias.

Desde esta perspectiva, el conjunto de valores dominante, sea por iniciativa del educador, que observa la vida de los suyos y percibe la acción del Espíritu Santo en ellos, o por la vida que se despierta espontáneamente en ellos, es posible que guíe el proceso educativo conduciéndolo a un conjunto de valores más centrales que acentúen y vayan poniendo en primer plano otras dimensiones valóricas del ideal cristiano objetivo. Desde una verdad o valor (parcialmente) central, el proceso educativo se orienta a incorporar otros valores, a menudo, más centrales, de modo que con el tiempo se llega a abarcar la totalidad del ideal objetivo (visto

desde la perspectiva del individuo: por su ideal personal, o de la comunidad: por su ideal comunitario).

Los siguientes textos del P. Kentenich vierten luz sobre este proceso:

Primero: *procurar que un complejo de ideas específicamente católicas se convierta en el complejo dominante.* Me permitirán, tal vez, que plantee y responda primero muy brevemente un par de preguntas preliminares.

La primera pregunta preliminar reza: *¿qué implica un tal complejo de ideas católicas?* Ese complejo ¿tiene que ser lo más abarcador posible? De ninguna manera. Puede ser una única idea y, por lo común, debe ser una única gran idea. Por supuesto, a esa gran idea se incorporarán por sí solas otras ideas. Pero estas deben formar siempre una unidad con la idea central. José Gründer presenta el siguiente ejemplo: en el centro de mi vida se encuentra la idea “soy hijo de Dios”. Partiendo de esa idea, Gründer señala después que la relación de filiación puede convertirse en una vivencia. Quien conozca las relaciones internas que se dan en la religión, en los dogmas, sabrá que podemos construir el edificio de la religión desde cualquier punto de partida, por ejemplo, desde las almas del purgatorio. Todo punto de partida puede ser el “trampolín”. Desde allí, salto hacia el gran mundo sobrenatural. Es decir que, a partir de cada idea particular podemos encontrar fácilmente el camino hacia el edificio íntegro de la religión. Así también aquí: ¿cómo experimento, en mi condición de hijo de Dios, lo que el Señor, lo que el Espíritu Santo o lo que el ángel de la guarda ha hecho por mí? Eso crea una mentalidad.<sup>4</sup>

(...)

Por lo común, cuando escuchamos una plática, la reacción del sentir cristiano es la siguiente: allí hay una “piedra”, y allá otra; y esas piedras deben ser relacionadas conforme a su sentido de manera que formen un organismo. Es decir: las diferentes ideas deben ser conectadas de modo que formen una unidad viva.

---

<sup>4</sup> Esta pregunta es típica en el P. Kentenich así como en la cultura religiosa de la década de 1930. Una y otra vez se encuentra en el trasfondo la pregunta acerca de si la acentuada devoción mariana (de Schoenstatt, como en general de la Iglesia de ese entonces) es suficientemente “central” desde el punto de vista objetivo. Aunque José Kentenich encara el tema sobre todo en perspectiva pedagógica, para él también es relevante que María es una realidad objetivamente importante. La expresión “complejo central de ideas” no indica tanto una idea dogmático-objetiva central sino un valor ya subjetivo que, a través de los pasos subsiguientes mencionados en este texto, debe ser transformado aún más en valor subjetivo. En la medida en que una verdad se torna en valor subjetivo y pasa a ser realmente “mía”, se dan por asociación también otros valores (objetivos y centrales). Este es el presupuesto del presente texto, aun cuando este aspecto no llegue a exponerse.. (Nota de H. King, en *Textos Pedagógicos*”, Educador. Patris, Chile.

Por tanto: ¿cómo ha de ser el complejo de ideas? No es preciso que sea grande, pero debe representar una unidad viva. Puede ser que el niño forme espontáneamente una unidad a partir de las ideas. Pero es raro que así sea. Si él no lo hace, debo hacerlo yo como educador. Ese es el sentido de la pedagogía, el sentido de mi actividad. Desde un punto de vista puramente pedagógico, decimos que esto es formar el núcleo de la personalidad. Piensen en lo que he dicho sobre el método lógico-psicológico. Ahí tienen lo mismo: todo lo que yo diga debe apoyarse conscientemente en la necesidad del niño. Lo mismo vale también para la formación de adultos. Si dicto conferencias y sé qué está en desarrollo y en efervescencia, debo cuidar de que, al final de la conferencia o del curso, cada uno sienta: el núcleo de mi personalidad ha incorporado lo esencial. No puedo reproducir cada una de las ideas que acabo de escuchar, pero me he adentrado y arraigado interiormente en ese mundo de valores.

Segundo: *preguntamos por el tipo de los complejos de valores*. Las ideas que tienen fuerza de atracción pueden ser muy diferentes según el modo de ser del oyente o del niño del que se trate. Según ello, podemos hablar con razón del ideal personal incluso si esa concepción personal tiene en mí tal acentuación, mientras que, en otro, el tono recae en otra nota. También aquí pueden ver ustedes qué necesario es que practiquemos la pedagogía de confianza, de modo que podamos auscultar qué está en desarrollo en el niño, cuál es su “yo-rey”. Y, con el tiempo, todo debe agruparse en torno a ese “yo-rey”, incorporarse en él.

El P. Kentenich continúa en este texto refiriéndose más en concreto a la situación de ese momento y a los planes de la enseñanza de religión en el colegio. Explica:

Esas son las dos preguntas preliminares. Ahora, la pregunta central. *¿Cómo puede un complejo de ideas tal tornarse en complejo dominante?*

Aquí tenemos dos respuestas: primero, a través de la reiteración frecuente de ese complejo de ideas; y, segundo, a través de la frecuente reiteración saturada de valor.

Por tanto, primero: *a través de la reiteración frecuente de ese complejo de ideas*. No quiero escoger aquí algo que no esté en los currículos de enseñanza. Me atengo intencionalmente a los currículos. Ellos me brindan aquí tres recursos.

*Primer recurso*: la misma hora de religión. Sería importante que las demás disciplinas incorporaran ese complejo de ideas, es decir, que todas las otras horas de clase -trátase de cálculo, de ciencias naturales o de lectura- incorporaran también esa idea determinada. Según los currículos de enseñanza, ¿qué debería verse como recurso para hacer de ese círculo de ideas un círculo de ideas dominantes? *La misma hora de clase*. Entonces, cada hora de clase debería ser una profundización de esa única gran idea, algo así como lo que presenta el plan de enseñanza de Württemberg.

Los currículos de enseñanza tienen una idea directriz para cada año. Por ejemplo, se tratará acerca del amor al Señor eucarístico. De alguna manera, los niños tendrían que encontrarse constantemente bajo la influencia de ese complejo de ideas.

Permítanme preguntar, basándome en sus experiencias: ¿será suficiente lo dicho para hacer que ese complejo de ideas pase a ser el dominante? Todos me dirán: no es posible. ¿Por qué? Porque actualmente no tenemos esa mentalidad. Antes habría bastado, cuando en la calle se pensaba y sentía de manera semejante que en la escuela. Pero, hoy, eso ya no es más así.

Lo principal estriba en que sepamos hacer que ese complejo de ideas actúe también en otras ocasiones. De otro modo, nos encontraremos de pronto ante la triste realidad de que las ideas directrices que hemos introducido en la escuela son destruidas de inmediato por la vida cotidiana en la calle.

¿Dónde reside entonces *el segundo recurso*? En que el niño se acostumbre a *realizar las diferentes acciones a partir de esa idea directriz*. El niño debe comer y beber, rezar sus oraciones habituales -permanezcamos en la misma idea directriz- por amor al Señor eucarístico. ¿Sienten ustedes cómo, a la larga, toda la vida cotidiana es arrancada de su indiferencia? Naturalmente, esto está pensado de forma ideal. Que resulte de ese modo es otra cuestión.

Sabemos que el niño tiene libre albedrío. Sabemos que tiene también sus debilidades. Pero de este modo llegaremos más rápidamente a la meta que si nuestro afán en la escuela se orienta al azar. Si concentro toda mi atención y realizo todo a partir de esa actitud, habré fortalecido y profundizado con ello el complejo de ideas. Si digo, por ejemplo: el niño debe realizar una obra buena, o actos de humildad, podrá estar bien, pero eso no fortalece de forma consecuente la actitud fundamental. Entenderán lo que quiero decir con ello: todas las acciones de la vida cotidiana deben ser puestas en relación con la única gran idea directriz.

Por último, *el tercer recurso*: los currículos de enseñanza prevén también inculcar este complejo de ideas a través del llamado *examen particular*. El niño debe formular el examen particular sobre la renovación de la actitud fundamental. Son exigencias que, de otro modo, sólo rigen para los religiosos. Pero tenemos que trabajar seriamente en nosotros mismos pues, de lo contrario, nos volveremos superficiales. Tenemos que educarnos a nosotros mismos a lo largo de toda la vida. Sólo cuando estemos en la eternidad podremos decir, tal vez: ahora estamos listos con la educación. Pero todavía entonces no lo estaremos del todo. Entonces viene el purgatorio. Lo que no ha sido purgado antes, será purgado allí.

Esta sería la primera idea. Tal vez vean ustedes ya con claridad lo que se quiere afirmar con ella. E incluso si no logro realizarlo de esta manera ideal, veo los principios y podré lograr más cosas que de otro modo.

Tenemos que procurar que el complejo de ideas se torne en un complejo de ideas saturado de valor.

Con ello nos encontramos en la segunda gran reflexión. He dicho que debíamos procurar:

Primero, que un determinado complejo de ideas se torne en complejo dominante y, segundo, que el mismo llegue a ser un *complejo de valores dominante*. Y este punto es esencial. (...)

*¿Cómo convertimos ese complejo de ideas en un complejo de valores?* Permanezcan, por ejemplo, en (la idea central) del Señor eucarístico. Me limito a enfatizar fuertemente los principios. El que tenga tiempo y cabeza para pensar deberá aplicar las cosas a todos los campos. ¿Cómo se convierte, entonces, el complejo de ideas en un complejo dominante de valores?

Primero: debemos procurar destacar de inmediato el valor. O sea: si he tratado alguna cosa, debo destacar de inmediato el valor.

(...) Existe el gran peligro de que nos convirtamos más en trabajadores de la cabeza que del corazón, de que demos mucha importancia al aprendizaje de memoria, pero no a poner de relieve el valor.

(...) Es decir, no solamente elaborar la materia a través del principio del trabajo escolar sino procesarla sobre todo de forma más emocional y volitiva. Por eso acentúo una vez más: *destacar de inmediato el valor*. Hacerlo no es tan difícil. Sólo suena muy erudito. Y si ustedes mismos están adecuadamente educados, les garantizo que lo harán correctamente.

Segundo: *asociar constantemente palabra, verdad y valor*. (...)

Por eso, una vez más el principio: *asociar constantemente palabra, verdad y valor*, en aplicación a un ideal de comunidad —con el que, tal vez, ustedes tengan todavía poco que ver—, por ejemplo: el reino juvenil de los hijos de Dios. ¿Qué significaría establecer esta asociación? Que todo debe ser centralizado en esa idea.

Tercero, y esto también es muy esencial: asociar valor parcial y valor central. Por ejemplo, en un año determinado hacemos que el niño tenga la vivencia de la eucaristía. Este es el valor parcial. Ahora hay que asociarlo, reducirlo al valor central. ¿Cuál es el valor central? La filiación divina. Así pues, el niño tiene que tener una vivencia de la relación entre eucaristía y filiación divina. (...)

Por último, cuarto, y esto reviste gran importancia: desenmascarar y desvalorizar constantemente los valores aparentes opuestos. Es así: ni siquiera es necesario que pensemos en la teoría moderna de los valores; sólo es necesario que observemos la vida práctica: ¿Qué busca el corazón del niño? ¿Qué busco yo? Lo que me resulta el valor supremo. ¿Qué debo saber, por tanto? Debo saber cuál es la escala de valores de mi educando. Por eso es tan importante que mantengamos un contacto constante con los

niños. Debo saber qué valores “flotan en el ambiente”. Debo saber cuál es el valor supremo para la sociedad en su conjunto. (...) Cuándo penetra en el interior. Y eso sólo es posible cuando los valores aparentes son desenmascarados y desvalorizados en cuanto tales. Esta es la tarea esencial, también en cada sermón y en cualquier otro lugar en el que tengamos que desarrollar alguna acción (pedagógica). Donde puedan actuar en la educación deben ver siempre qué valores flotan en el ambiente. Y entonces, hay que desenmascararlos. O sea, desenmascarar y desvalorizar los valores aparentes opuestos.

No tengo por qué pensar, por ejemplo, que tenga que tener de inmediato a los niños -pueden ser también adultos- en una determinada altura, que los tenga que arrastrar por entero hacia lo alto. No pensar, por eso, que todo tenga que darse por el más puro amor a Dios. Hablo aquí de los años de adolescencia.

A menudo, en esa edad hay motivos de orden inferior que tienen mucha más fuerza de arrastre, por ejemplo: perjudicas tu salud, o bien: te harás inútil para la vida práctica, justamente, tengo que conocer su escala de valores. Por supuesto, son motivos de orden inferior, pero son motivos éticos sanos. Y yo los utilizo, procuro purificarlos para que lleguen a ser más nobles y puros. Si intentamos que las personas se conviertan de inmediato en santos sobrenaturales, se convertirán en santos sin naturalidad, afectados. Pero deben convertirse en santos naturales. Por eso hay que tener siempre en cuenta la escala natural de valores. También es muy importante poder escuchar. ¿Cómo expresa el otro esto y aquello? A veces basta con una sola expresión. Por supuesto, debo saberlo. Debo pensar, hablar y poder expresarme en la terminología, en el modo de hablar y de sentir de mi objeto de educación.

Agreguemos todavía otra consideración en este contexto: se trata de la unión de la pedagogía de movimiento y la pedagogía de confianza. La pedagogía dinámica requiere siempre que el educador confíe en los suyos y establezca un lazo personal con ellos, que crea en ellos y, por eso mismo, tome en cuenta sus inquietudes y aspiraciones.

Escribe el P. Kantenich en una carta del 8 de enero de 1958:

Yo acogía profundamente en mí la vida del alma de los que me estaban confiados; revisaba en qué medida actuaba Dios en ella; apoyaba lo que consideraba auténtico y conducía lentamente todo lo valioso hacia el interior de la comunidad. Al parecer, este trabajo era lo más insignificante posible, no se notaba casi nada hacia fuera, pero, a posteriori, debió comprenderse como el taller del que había surgido todo.

Junto a ello debe tenerse en cuenta también que en la captación de los intereses de los educandos, muchas veces se dan tensiones, pues algunos miembros de la comunidad suelen tener más vivo un determinado interés y otros un interés distinto. El P. Kantenich es maestro en esto: él deja, aplicando la pedagogía de confianza, que se dé libremente este juego de tensiones. Llama a respetar la “ley de la

polaridad". Las acentuaciones tienen cada cual una verdad que, en el complejo de valores o ideal, se complementan. Las tensiones deben precisamente conducir a que los valores se profundicen, se clarifiquen y, por último, que se integren en el ideal, enriqueciéndolo. Esto requiere, de parte del educador, regalar confianza y lograr que los diversos polos vayan logrando una complementación, evitando así que la tensión "creadora" se convierta en una tensión "destructora".

En una carta del 9 de marzo de 1949 a Mons. Bernhard Stein, obispo auxiliar de Tréveris, escribe el P. Kentenich:

No es posible evitar errores. Se producirán una y otra vez. La reacción descrita significa para el pedagogo lo más evidente del mundo. Toda lucha por el ideal de curso muestra ese mismo cuadro. En tales ocasiones se separan los espíritus. Chocan entre sí, se despiertan.

Ése es precisamente el fin de la pedagogía de movimiento: impulsar a decisiones a través de crisis surgidas espontáneamente o suscitadas intencionalmente. Muchas veces, tales "crisis" son tanto una expresión como un medio para alcanzar la independencia de juicio, de vida y de acción.

El socialismo y el comunismo han incorporado cuidadosamente, a su manera, esta teoría de las crisis. Si no nos apropiamos lentamente de lo valioso que hay en ella, estamos llevando a nuestros seguidores a los tiempos futuros sin que estén completamente pertrechados. Nuestro camino estará signado por ruinas. (...)

Mientras haya una cabeza clara que vea todo el conjunto y una mano firme que esté por encima de todo, sin querer aplacar las olas antes de tiempo, este principio de tensiones será un fecundo principio de vida.

#### **IV. LAS CORRIENTES DE VIDA**

El educador schoenstatiano sabe detectar la vida que Dios despierta en la comunidad, encauzando las corrientes de vida y las tensiones o polaridades que se susciten en ella.

##### **1. Encausar las corrientes de vida**

La conducción a través de corrientes de vida está estrechamente relacionada con la pedagogía de ideal y de movimiento. Hablamos de corrientes de vida cuando una comunidad o grupo de personas son captadas existencialmente por un ideal, es decir, no sólo con su intelecto y voluntad, sino con toda su emotividad. Y esto de tal forma que, por así decirlo, son impulsados desde dentro, con toda su capacidad de compromiso, a la consecución de ese valor o conjunto de valores, a llevarlos a la práctica, transformando la realidad, produciendo cambios y gestando nuevas situaciones.

El educador, aplicando la pedagogía de movimiento, está atento a la vida que se da entre los suyos. Esta vida, sin embargo, a veces recibe impulsos fuera de lo común a raíz de un determinado acontecimiento o de una circunstancia histórica concreta por la cual las personas se sienten interpeladas, lo cual hace que valores, que quizás estaban latentes en un momento dado, irrumpen con fuerza en la conciencia de los individuos y

de la comunidad a la que sirve.

Los que han sido “tocados” interiormente por los hechos (o por la acción del Espíritu Santo en su alma) , pronto serán portadores de nuevas inquietudes y nueva vida al interior del grupo y aún más allá. Estas vivencias pueden ser momentos decisivos y origen de una auténtica corriente de vida. Cuando esto se da, entonces, el educador debe desplegar su capacidad de servicio encauzando la vida que nace y apoyando las iniciativas concretas que surjan en bien del propio grupo.

Quienes perciben este llamado y son encendidos por lo que éste entraña, se saben de alguna forma “confabulados”. No necesitan que se les impulse o exija desde el exterior. Ellos mismos, por propio interés, se mueven y emprenden acciones concretas tendientes a influir en el medio. En este sentido, el P. Kentenich habla de no solo “tener” un ideal sino de “estar poseídos” por el ideal.

Este entusiasmo y decisión de actuar, los une entre sí en forma peculiar y los lleva, por otra parte, a crear un lenguaje y una simbología propios, y a gestar un determinado estilo de vida.

La corriente de vida se va transmitiendo de modo espontáneo, “por contagio”. Paulatinamente se van perfilando sus portadores y los seguidores, desde los que se adhieren estrechamente a la causa hasta los simpatizantes más lejanos.

Las corrientes de vida son un hecho sociológico. Pero, por estar en juego valores determinados, ellas resultan ser positivas o negativas. Pueden darse corrientes de vida de corte secularista, hasta demoníacas; o bien, de orden social o religioso, tendientes a transformar la realidad según el querer de Dios.

El impulso que las anima, en el primer caso, proviene del egoísmo, de las pasiones desordenadas o, incluso, de una inspiración demoníaca (piénsese, por ejemplo, en el nazismo). En el caso de las corrientes de vida positivas, las anima un impulso sano de la naturaleza y la moción de la gracia.

Si consideramos los poderes que gestan historia (Dios, el demonio y el hombre), podemos decir que no sólo Dios “trabaja” con corrientes de vida, sino que también lo hace el demonio. Así como Dios irrumpe en la historia con su gracia, al demonio también le es dado ejercer en el mundo su poder seductor. Aquél para instaurar su Reino en la tierra, éste para desintegrarlo y destruirlo. Ambos tienen en los hombres sus instrumentos y seguidores. Basta sólo contemplar el panorama de la historia para percibir cuán contundente es esta realidad.

Considerando el enorme poder de las corrientes de vida, el P. Kentenich tuvo una especial preocupación por captarlas y fomentarlas. Tal vez ésta sea una de las originalidades más notables de su praxis pedagógica: conducir y educar a través de corrientes de vida. Recordemos, por ejemplo, en la historia de Schoenstatt, la “corriente de la Alianza”; la “corriente de coronación”; la “corriente del Padre”; el “Jardín de María” etc.

El P. Kentenich buscaba recobrar la vitalidad de la Iglesia que, habiendo acentuado unilateralmente en la educación de la fe lo doctrinal e ideológico, las normas y la organización, había mermado considerablemente su capacidad para enfrentar los

desafíos del tiempo actual y su creatividad en la gestación de una nueva cultura. Por otra parte, buscaba responder al desafío de un mundo en el cual fuertes corrientes vitales de corte secularista y materialista captaban con gran fuerza al hombre actual, especialmente a la juventud. Percibió que no bastaba con oponer a estas corrientes una doctrina clara, y que no se les podía vencer con estrategias comunes. Una corriente de vida, decía, sólo puede ser vencida por otra corriente de vida más poderosa.

El P. Kantenich sitúa este actuar pedagógico claramente en el contexto de la acción del Dios que conduce la historia, que habla a través de los signos del tiempo e irrumpe con su gracia en el corazón del hombre y de la comunidad, para conducir desde allí el destino de los pueblos. El educador, guiado por la fe práctica en la Divina Providencia, estará entonces atento al paso del Señor y favorecerá las condiciones para que la respuesta a esa moción de Dios sea fecunda y tome cuerpo. En otras palabras, debe poseer la sensibilidad para darse cuenta de que el Dios de la vida está interviniendo en una persona o en una comunidad, y que allí se está gestando una nueva iniciativa creadora de Dios.

Como se dijo, normalmente esto se produce en torno a un acontecimiento o situación determinada, en el cual las personas son captadas por un valor, por un imperativo del momento histórico, por un desafío concreto, y, entonces, deciden actuar. En esta decisión está viva la conciencia de que responden no sólo a una voluntad de Dios y al ardor de una convicción no meramente racional o de la voluntad, sino que han captado el afecto y el entusiasmo personal y comunitario.

Al educador le toca discernir cómo esta nueva iniciativa se enmarca en el ideal, para apoyarla o encauzarla en esa perspectiva.

La vitalidad propia que se gesta hace surgir portadores preclaros de la nueva corriente de vida, capaces de contagiar a otros con su ejemplo, entrega y entusiasmo; se generan nuevas acentuaciones y realidades que no raras veces se expresan con una vitalidad avasalladora.

Por cierto, esto acarrea una nueva dinámica en la comunidad, con las consecuentes tensiones. Incluso se puede producir desbordes, que de suyo son normales y que el educador debe saber orientar y encauzar sin que cercene o paralice la vida naciente, con un afán de equilibrio o por temor a que se introduzcan novedades “peligrosas”, o se produzcan situaciones de difícil control. “No apaguéis el Espíritu”, amonestaba san Pablo en circunstancias semejantes (1Ts 5, 19).

Dijimos que en el origen de una corriente de vida positiva y auténtica estaba la irrupción de la gracia, una moción especial del Espíritu Santo. Por eso la fecundidad de esa corriente se determina por la fidelidad y respuesta a la gracia de parte de la comunidad portadora de la corriente de vida. La discontinuidad, la falta de compromiso y de concreciones en la vida cotidiana, pueden obstaculizar la acción del Espíritu Santo y, en último término, hacer que la iniciativa quede infecunda.

Por otra parte, el educador, junto con discernir, afirmar y favorecer la corriente de vida, debe cuidar de que con el tiempo –no prematuramente– ésta se integre en la totalidad (toda corriente de vida implica siempre una unilateralidad orgánica...) y así también adquiera solidez. Recordemos el principio: “Centralización sin integración conduce a

una paralización”. Pero esto debe suceder sin que se nivelen la originalidad y carisma propios que Dios ha querido suscitar en las personas o en la comunidad en bien del todo.

Las corrientes de vida crean polaridades y tensiones que el verdadero educador y conductor sabe implementar en el marco de la comunidad más amplia, como una incomparable fuente de riqueza y de dinamismo en la Iglesia y la sociedad. Dios ama la diversidad en la unidad, y no la uniformidad.

La magnitud y trascendencia de una corriente de vida dependen de la iniciativa y propósito de la Divina Providencia, y de la respuesta o compromiso humano. Existen grandes y pequeñas corrientes de vida; corrientes que abarcan a un grupo o ambiente relativamente pequeño, como corrientes que desbordan el círculo de origen, transmitiéndose mucho más allá de éste. Como educadores, lo importante es estar atentos al paso del Señor y cultivar la vida que él ha querido suscitar.

Después de lo dicho queda claro que las corrientes de vida no se pueden “fabricar”. Que tampoco son “un tema que hay que tratar” o un simple “lema de año”. Sin embargo, se puede preparar el terreno para que éstas surjan. La pedagogía del ideal, de las vinculaciones y de movimiento; la orientación por la fe práctica en la Divina Providencia; la conciencia de misión, todo ello es un caldo de cultivo apto para que surjan corrientes de vida.

## **2. Las polaridades**

Otro de los factores que implica educar guiado por una pedagogía dinámica, es la necesidad de que el educador sepa trabajar con polaridades. La riqueza de una comunidad son las personas que la componen y la originalidad de cada una de ellas. La uniformidad y “aplanamiento” destruyen la vida. Muchos educadores, “que pretenden tener todo bajo control” no dan cabida a las corrientes de vida y reprimen o neutralizan las tensiones que normalmente se producen en el seno de la comunidad a raíz de de la diversidad de acentuaciones y carismas de quienes las integran.

Tensiones habrá siempre. Depende de cómo se traten, el resultado que se produzca: o se convertirán en tensiones “destructoras” o bien llegarán a ser v tensiones “constructoras”, positivas, que enriquecen la vida comunitaria. Y esto sucede cuando el educador ayuda a que se complementen y actúen en bien del todo.

Tal como las corrientes de vida pueden en un momento dado “desbordarse” también las tensiones pueden pasar por etapas difíciles hasta que logran complementarse y aportar la riqueza de esta polaridad al bien del todo. La persona del educador juega en estos momentos un papel relevante. Debe ser un punto de apoyo y de confianza de los diversos “frentes” que se formen, ayudando a que se produzca el encuentro y la integración, en pos de un mismo ideal.